

de sus planes políticos; no son todas las que sobre este tema se desarrollen, más que conjeturas, apoyadas en argumentos más o menos sólidos y en razonamientos más o menos lógicos; pero, finalmente, ¿por qué negarse, de ser ello posible, a poner la estrella de un ideal detrás de esa frente, hermosa y culpable, que medita aun bajo su toca de terciopelo en uno de los lienzos de la Galería Borghese?

CAPITULO VI

LA JORNADA DE SINIGAGLIA

Después de la toma de Rímini y Faenza en 1501, César pidió a Florencia provisiones a la vez que paso libre para sus ejércitos por el territorio florentino, avanzando inmediatamente, sin esperar que le fuera dada la contestación hasta Barberini, desde donde repitió su demanda. Al mismo tiempo y con el objeto de atraerse más fuertemente a Pedro de Médicis, requería a los florentinos para que introdujeran modificaciones en la organización política y el gobierno de su Estado. Naturalmente que sobre este último punto no insistió en forma perentoria, porque comprendía muy bien que era extremadamente difícil y hasta imposible la restauración de los Médicis en tales circunstancias; por lo demás no entraba mucho en los planes del duque de Romaña esta restauración, ya que de producirse, seguramente que sus consecuencias habrían sido colocar mayor poder del que convenía a César que tuvieran, en manos de los Vitelli y los Orsini. Estos servían como *condottieri* en su ejército desde tiempo atrás, aunque desde la toma de Faenza su

fidelidad era bastante sospechosa. En el pedido que insistió César, fué en el de que se incorporara a sus filas una *condotta* de Florencia, demanda que por cierto fué atendida en el acto. Además los florentinos se comprometieron a no poner en adelante trabas a los proyectos de César sobre Piombino.

En el mes de julio del 1501, el duque de Valentinois partió para Roma, con el objeto de incorporarse al ejército francés que marchaba entonces a la conquista de Nápoles. En su carácter de aliado del rey Luis XII, César debía cooperar a la toma de este Estado, que como lo hemos visto en el capítulo IV, había sido previamente repartido por medio de un tratado sancionado por Alejandro, entre Francia y España. Los capitanes mercenarios y entre ellos especialmente Vitelozzo Vitelli, Gravina Orsini y Juan Pablo Baglioni, señor de Perusa, continuaron la empresa con tan buen éxito, que en los comienzos del año siguiente (1502), César regresaba de Nápoles para tomar posesión formal de Piombino.

Durante los seis meses que siguieron a este acontecimiento, los florentinos comenzaron recién a darse cuenta del real peligro que les amenazaba, ya que el posterior desenvolvimiento de la política de los Borgia demostró bien claramente cuáles eran las intenciones de César sobre Florencia. Después de encomendar nuevamente las operaciones militares a Vitelozzo, el duque había regresado a Roma una vez conquistado Piombino. Pedro de Médicis, que no perdía la esperanza de volver a ocupar el trono de Florencia, se puso de acuerdo con el capitán dejado por Borgia al frente de sus tropas, para ayudarlo en sus movimientos y maniobras, no sólo militares sino de toda índole. Gracias a este acuerdo con Médicis, pudo Vitelozzo hacer estallar una revolución en Arezzo, haciéndose dueño en un tiempo muy corto de una gran cantidad de plazas fuertes, todas ellas importantes. Las

líneas tomadas se hallaban limitadas por la plaza de Forli en dirección norte, llegando por el sur hasta las márgenes del lago Trasimeno.

Semejantes avances, unidos a la noticia de la rebelión en Arezzo, causaron intensa alarma y consternación en los florentinos, ya que la disposición de los fuertes conquistados, evidenciaba el propósito de llevar a la ciudad un bloqueo gradual a la vez que sistemático. Piombino, Perusa, Forli y Pisa, eran los cuatro puntos entre los que quedaba comprendida la región que César deseaba tener bajo su dominio. En realidad las vías de este territorio ya le pertenecían, así como también las cuatro ciudades antes mencionadas. Por el sur habíase apoderado del distrito enclavado entre Piombino y Perusa, pues Pandolfo Petrucci, que por ser señor de Siena hubiera sido el único capaz de oponerse a este plan, ya que sus territorios se hallaban colocados en el centro de los puntos extremos y algo hacia el norte, había sido ganado a la causa del duque de Valentinois en el año de 1501. Gracias a la rebelión de Arezzo y del valle del Chiana toda la región desde Perusa a Forli, situada a lo largo de la línea este, cayó en manos de César. Por el norte, es decir en la región que va desde Forli a Pisa, la cuestión no se presentaba tan totalmente fácil de realizar; pero Pistoia, eternamente desgarrada por las facciones, no podía oponer resistencia de mayor consideración; además Luca se declaró por los Médicis y los Pisanos ofrecieron definitivamente su ciudad a Borgia un poco antes del mes de diciembre del 1502. Dada la forma en que se presentaban las circunstancias, no tenía pues por qué preocuparse de la parte del litoral desde Piombino hasta la desembocadura del Arno. Fácil es advertir, que todas estas victorias hacían factible la realización de un ataque inmediato, que hiciera caer a la Toscana en poder de César.

En cuanto a Florencia, su situación no era en realidad tan extrema como a primera vista pudiera creerse, ya que se hallaba en posesión todavía de algunas plazas importantes que en momento cualquiera podían ofrecer a César inconvenientes de consideración, situadas en el exterior de la línea oriental de Forli y Perusa. Esta última, si bien no se hallaba en poder de César, podía considerarse sin embargo bajo su influencia, porque como ya hemos dicho, Juan Pablo Baglioni, que era su dueño, servía en los ejércitos de César habiéndole sido hasta entonces fiel. En realidad las verdaderas plazas de importancia cuya dominación era indispensable para César eran Urbino y Camerino; Urbino que cerraba la vía en dirección a la costa oriental, podía fácilmente cortarle las comunicaciones con Pésaro y Rímini, que como sabemos, se hallaban en su poder desde el año 1500; y Camerino revestía la misma trascendencia por encontrarse como lazo de unión entre Perusa y Fermo. Otro inconveniente y bastante grande se presentaba a la sazón para el duque y era éste la poca confianza que le merecían sus capitanes mercenarios, que veían las victorias de César con el secreto temor de que su engrandecimiento excesivo se transformase en una amenaza para la misma seguridad de todos ellos; por manera que desconfiándose los unos a los otros, era el que se estaba desarrollando un complicado juego de cartas, en el que todos trataban de engañarse mutuamente con la mayor maestría posible.

Quedaba por fin Luis XII, que un poco antes se hallaba bastante disgustado con Florencia por no haber recibido de la ciudad en su campaña contra Nápoles los socorros a que se creía acreedor. Pero el 12 de abril de 1502, se firmó entre Luis y los florentinos un nuevo tratado, por el cual el rey se comprometía a enviar tropas encargadas de la defensa de la ciudad en cuanto ella las necesitara. Si el rey de Fran-

cia llegó a semejante acuerdo, fué debido a la necesidad imprescindible en que se hallaba de impedir que Borgia se hiciese dueño de Florencia, pues en esta hipótesis, el nuevo Estado de César hubiera comprendido toda la Italia central de una a otra ribera, siéndole así extremadamente fácil bloquear y aun interrumpir sus comunicaciones con Nápoles.

Maquiavelo pinta el cuadro que acabamos de exponer, de la siguiente manera: « No se fiaba (César) de tropas que no le parecían muy seguras, ni contaba mucho con la voluntad de Francia; es decir que temía que los Orsini, de quienes se había servido, le faltasen cuando los necesitara y no sólo le impidieran nuevas conquistas, sino que además le quitasen lo que ya había conquistado; al mismo tiempo temía que le ocurriera lo propio con el rey de Francia » (1).

Tal era la situación, cuando en el mes de junio César que dirigía sus armas contra Camerino, posesión de Julio Varanno, se desvió imprevistamente, atacando al ducado de Urbino, del que se apoderó casi de inmediato el 21 del mismo mes. El resultado fué tan rápido debido a que ya preparara previamente el terreno, pues un poco antes había simulado con el duque de Urbino, Guidobaldo de Montefeltro, un tratado de alianza; por lo que éste se hallaba completamente desarmado, demostrando así ser demasiado confiado para lo que permitía la época. Guidobaldo huyó con su mujer hacia Mantua, marchando desde allí a Venecia. Volviéndose entonces contra Camerino, César atacó a los Varanno, a los que hizo asesinar; uno solo de entre ellos pudo salvar la vida (2).

Vemos, pues, que por una maniobra rapidísima, el Duque se había adueñado de Camerino y de Urbino, las dos plazas

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 45.

(2) Gregorovius, *op. cit.*, tomo II, pág. 94.

fuertes que le faltaban aún para completar totalmente su línea de operaciones. Francia intervino entonces, profundamente alarmada ante los crecientes y excesivos progresos de César, ya que las últimas operaciones habían hecho conocer demasiado evidentemente cuáles eran las intenciones de aquél. Luis XII le intimó que le devolviera sus tropas francesas, enviando a la Toscana un cuerpo de ejército para contener el avance del conquistador. Es refiriéndose a esto que dice el secretario florentino: « ...y respecto del rey, juzgó (César) sus intenciones cuando a raíz de la conquista del ducado de Urbino, hizo una incursión en Toscana y el rey le obligó a desistir de invadirla. En aquella sazón, resolvió el Duque no depender ni de la fortuna, ni de las armas ajenas » (1).

Se vió, pues, obligado a contemporizar, entrando en negociaciones con la República Florentina, a la que devolvió, por cierto muy contra su voluntad, la plaza de Arezzo y algunas de las otras que había conquistado en Toscana. Florencia se veía por el momento libre de peligro, pero no era César hombre de arredrarse por los inconvenientes y tenía para todas las situaciones recursos infinitos. En julio de 1502, se dirigió personalmente a Asti, donde se hallaba Luis, para tener una entrevista con él; y tan hábilmente supo manejarse dando al rey toda clase de satisfacciones y echando sobre sus capitanes toda la culpa de lo ocurrido, que no sólo consiguió renovar la alianza interrumpida por el incidente, sino que el rey le ofreció todavía un cuerpo de caballería para que continuara mejor sus empresas. Conseguidos así todos sus propósitos, César se adelantó contra Bolonia, donde reinaban los Bentivoglio y que según sus planes, debía transformarse en la capital del nuevo Estado.

Comprendieron entonces los capitanes mercenarios y espe-

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 46.

cialmente los Orsini y los Vitelli, que había llegado el momento de defenderse, pues de lo contrario César, volviéndose contra ellos, los aniquilaría en el momento que le pareciera conveniente.

Decidieron, pues, unirse con el objeto de contrarrestar entre todos el poderío del duque de Valentinois. « Percatados algo tarde, dice Maquiavelo, de que el poderío del Duque y el de la Iglesia serían su ruina, tuvieron una dieta en *Magione*, en Perusa, de donde surgieron la sublevación de Urbino, las perturbaciones de la Romaña y los infinitos peligros que corrió el Duque y que venció ayudado por los franceses » (1). Transcribimos sobre este asunto la cita de Mereshkowsky, porque este autor lo expone con una gran claridad y precisión: « Comprendieron entonces los señores de la Romaña, dice, que a la larga acabarían todos por caer víctimas de Valentinois y que éste, desembarazándose de todos los que pudieran oponerse a sus designios, tenía de mira enseñorearse de toda la Italia. Por este motivo, el 28 de septiembre el Duque Gravina Orsini, Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo, Juan Pablo Baglion, señor de Perusa, Antonio de Venafro enviado de la República de Siena y otros, se reunieron en *Magione*, cerca de Perusa y concitaron un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva contra César Borgia. Vitellozzo Vitelli juró solemnemente que en el término de un año, había de matar, hacer prisionero, o arrojar de Italia al enemigo común; y conocido el tratado de *Magione*, se adhirieron a él otros varios príncipes que tenían sobrados motivos de resentimiento con el Duque de Valentinois. Entonces se vió César Borgia al borde del abismo: sus capitanes uniéreronse al ejército enemigo y los socorros prometidos por el rey de Francia, no llegaban

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 46.

nunca; sin embargo, traicionado, escaso de armas y abandonado de todos, César era aún formidable. Los conjurados entre tanto, que en hechos intestinos y necias excitaciones habían malgastado un tiempo precioso y perdido una ocasión magnífica para aniquilar a su enemigo, creyeron que nada mejor podían hacer que entrar en tratos con él » (1). La situación de César fué entonces verdaderamente crítica, sus capitanes mercenarios se habían sublevado y el ducado de Urbino se levantó también ganado por ellos contra su autoridad, volviendo Guidobaldo a entrar en su capital el 18 de octubre de 1502. Los conspiradores tenían también fundadas esperanzas sobre la República Florentina. Efectivamente, sabían muy bien la exasperación y la alarma que los proyectos del Duque de Valentinois habían despertado en ella, y no bien se hubieron hecho dueños del ducado de Urbino se apresuraron a solicitar la amistad y el apoyo de Florencia. Todo, pues, parecía conjurarse contra César, el que se hallaba puede decirse el bordo de su ruina; pero él puso en juego todos los resortes que su propia situación y la del papa podían proporcionarle. Apenas tuvieron conocimiento de la conspiración de Magione, César y Alejandro se dirigieron también a los florentinos, pidiéndoles que mandaran embajadores, pues deseaban celebrar con ellos una conferencia. En realidad el objetivo de la conferencia propuesta, era concertar una alianza entre el Duque y Florencia contra los mercenarios rebelados. El Magnífico Consejo de los Diez, de libertad y de paz, envió cerca de César a su secretario, Nicolás Maquiavelo, astuto diplomático a la vez que notable escritor político. Ya en junio de ese mismo año, había acompañado al obispo Francisco Soderini, que negoció también con Cesar Borgia en nombre de los floren-

(1) Mereshkowsky, *op. cit.*, parte II, cap. V, pág. 240.

tinos. El Consejo de los Diez solía enviar muy comúnmente a Maquiavelo, pues como dijo muy bien Pin y Soler en su *Breu comentari* era enviado siempre « más como espía distinguido que como embajador fastuoso » y le preferían a otro legado porque « gastaba poco, investigaba mucho y volvía pronto ». Era este carácter con el que iba Maquiavelo al campamento del Duque, habiendo sido encargado por los Magníficos Señores, de contestar en forma ambigua y con fingidas protestas de fidelidad, a todas las peticiones que aquél le hiciera en el sentido de una acción conjunta contra los Orsini, los Vitelli y los Bentivoglio. La República quería permanecer neutral, sin favorecer en modo alguno, de ser posible, el engrandecimiento tan rápido del hijo de Alejandro, cuyo poder temía. Por cierto que Maquiavelo no se hallaba absolutamente revestido de carácter oficial como enviado; en las instrucciones que se le habían dado, le recomendaban sobre todo obtener el libre tránsito de los marquedores florentinos, por los territorios que Borgia dominaba en las orillas del Adriático. Maquiavelo permaneció junto a César, hasta fines de enero del año siguiente, 1503. Es de imaginar con qué detenimiento estudiaría el florentino a aquel César Borgia que tanta influencia ejercía sobre su pensamiento y del cual se hallaba entonces tan cerca. Bien pronto recibiría de él una lección que habría de transportar más tarde a las páginas de su famoso libro, así como la mayor parte de las acciones del duque de Romaña.

En tanto habían llegado las tropas francesas que Luis XII había prometido algún tiempo atrás a César, lo que tornó a éste repentinamente fuerte hasta el punto de que los conjurados de Magione, ya desmoralizados y desavenidos, comprendieron que habían dejado escapar la ocasión favorable, y que ya no les quedaba más remedio que contemporizar; decidido entonces entrar en negociaciones con su enemigo,

ya que veían que quedaba completamente deshecha su sublevación.

« A mediados de diciembre de 1502, César Borgia al frente de su ejército, pasó desde Cesena a Fano, en las costas del Adriático, a veinte millas de Sinigaglia (ciudad esta última recientemente conquistada por César), donde tuvo una entrevista con sus antiguos enemigos, Oliverotto de Fermo, Vitellozzo y Juan Pablo Baglione » (1). La reconciliación pareció ser completa tanto de una parte como de la otra. Por cierto que ella distaba mucho de ser verdadera. César, que jamás iba a depositar su confianza en quienes ya una vez lo habían vendido, tenía formados con respecto a ellos propósitos siniestros. Envolviólos magistralmente en sus redes con exquisitas demostraciones de cortesía y afecto, mostrándose como aquél que todo lo ha perdonado y todo lo ha olvidado y finalmente invitólos a un banquete para sellar la nueva amistad, que debía celebrarse en la ciudad de Sinigaglia, el día 31 de diciembre. Había designado aquella ciudad como el lugar del encuentro, porque aunque rendida, el castellano había declarado que sólo a César abriría sus puertas, por lo que él tenía que dirigirse allí. Los señores de la Romaña, teniendo seguramente la sospecha de cual sería su suerte si aceptaban las propuestas del Duque, trataron naturalmente de echarse atrás; pero él supo atraérselos con refinada hipocresía, colmándolos de halagos y de señaladas muestras de afecto. El grueso del ejército de Borgia, constituido por 10.000 infantes y 2000 caballos, salió de Fano el 30 de diciembre, acampando a orillas del Metauro en el camino de Sinigaglia; allí debía reunírseles César, que permanecía aún en Fano.

La ciudad de Sinigaglia, que en aquel tiempo era uno de

(1) Mereshkowsky, *op. cit.*, parte II, cap. V, pág. 241.

los principales centros de comercio con el Oriente, se halla colocada entre el mar y los Apeninos, distante sólo una milla del Adriático. Tal era el punto escogido por César para dar el golpe definitivo a los conjurados de Magione.

Llegado a la mañana a su campamento a orillas del Metauro, César envió de vanguardia cien hombres de caballería, seguidos a poca distancia por la infantería y por el propio Duque con el resto de fuerzas montadas. Sabía perfectamente el astuto capitán, que los señores aliados vendrían a su encuentro con poco séquito, y que algunas de sus fuerzas estaban diseminadas por los castillos de los alrededores, con objeto de dejar espacio para acampar el nuevo ejército que llegaba. En las cercanías de la ciudad, precisamente en el punto en que el camino se desvía para seguir las márgenes del Misa, Borgia dió orden de alto a la caballería y la formó en dos filas, una dando las espaldas al campo y la otra al río, de modo que constituyese el ala de la infantería que, sin detenerse, atravesaba el puente y entraba en la ciudad. Conforme había previsto el Duque, Vitellozzo, Paolo Orsini y el Duque de Gravina, salieron a su encuentro seguidos de pocos jinetes. Vitellozzo, como si presintiese la proximidad de su muerte, estaba triste y taciturno, hasta el punto de impresionar a los que le miraban y conocían su valor y sus gloriosas proezas. Más tarde se dijo que al abandonar su castillo, habíase despedido de sus parientes como si jamás hubiera de volver a verlos.

Llegados a presencia de Borgia, los tres aliados apeáronse de sus caballos y birrete en mano, le saludaron con una cortesía rayana en la sumisión. César desmontó a su vez y les estrechó amablemente las mano, dándoles el dictado de hermanos. Inmediatamente se reanudó la marcha, colocándose los capitanes de Borgia cumpliendo las instrucciones de éste, a los lados de los tres señores, de manera que cada uno de

éstos se hallaba entre dos de aquéllos. César echó de ver la ausencia de Oliverotto, y como tenía especial empeño en que no pudiese escapar, llamó a uno de sus capitanos, Don Miguel Corello, a quien dió órdenes terminantes de no perder de vista al aliado que faltaba. El capitán partió al galope de su brioso corcel, dió con el señor a quien buscaba y a los pocos momentos Oliverotto se incorporaba a la comitiva de Borgia y tras de los saludos de rigor, se reanudó la marcha y conversando amigablemente de asuntos de Estado, se dirigieron los ilustres expedicionarios al palacio que se levantaba frente a la fortaleza.

Los cuatro señores manifestaron entonces a Borgia sus deseos de retirarse para dejarle descansar de la fatiga de la jornada, pero ante la cortés insistencia del duque, desmontaron de sus caballos y penetraron en la residencia del soberano de la Romaña, bien ajenos a la dolorosa sorpresa que les esperaba. En efecto, apenas habían traspasado el umbral, cerráronse bruscamente las puertas, y ocho hombres armados se precipitaron sobre ellos y los aherrojaron antes que los cuitados señores pudieran salir de su estupor y oponer desesperada resistencia » (1).

Aquella misma noche, César hizo ahorcar a Vitellozzo y a Oliverotto, reservando los otros para que corrieran igual suerte en Roma. Nos hemos detenido algo en la descripción de esta celada memorable, porque ella ha sido considerada como la obra maestra del duque en cuanto a perfidia y simulación. Maquiavelo, que se hallaba todavía en el campamento de aquél, sintió una admiración profunda ante la forma acabada en que había sido realizado el atrevido golpe de mano, mandando al Consejo de los diez una memoria titulada : *Descrizione del modo tenuto dal duca Valentino*

(1) Mereshkowsky, *op. cit.*, pare II, cap. V, pág. 266.

tino, nell'ammazzare Vitellozzo Vitelli, en la que puede verse cómo en ese momento considera él a César Borgia como al representante insuperable de una política cuyas ideas debía exponer más tarde en *El príncipe*. En este último libro se refiere también al golpe de Sinigaglia, diciendo : « ...y para no exponerse a nada (César), sólo acudió a la astucia y supo disimular tan bien sus intenciones, que los Orsini se reconciliaron con él por mediación del señor Pablo. No dejó de emplear con éste todos los medios necesarios para conquistarle con regalos de vestidos, caballos y dinero, y los otros fueron lo bastante cándidos para ponérse en sus manos en Sinigaglia » (1).

No era, sin embargo, esta traición algo original de César, pues una de sus víctimas, Oliverotto de Fermo, había empleado — como ya lo referimos en el capítulo anterior — la misma traición para matar a su tío, que le había servido de padre, y conquistar así la soberanía de Fermo, su ciudad natal, exactamente en la misma forma que el duque de Valentinois. Maquiavelo, al historial la vida de Oliverotto, hace alusión también a Sinigaglia de la manera siguiente : « Tan difícil hubiera sido destronarle (a Oliverotto) como a Agatocles, sino se hubiera dejado engañar por César Borgia, que lo envolvió en Sinigaglia, como hemos dicho, con los Orsini y los Vitelli, un año después de cometido su parricidio, y fué estrangulado con Vitellozzo, su maestro en el arte de la guerra y de la infamia » (2). Como se ve, todos eran a su turno víctimas y victimarios, y el juego consistía simplemente en una gran habilidad y una sagacísima penetración para no dejarse envolver a sí mismo, envolviendo por el contrario a los demás.

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 47.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 61.

Por el golpe de Sinigaglia, Borgia se había despojado de sus enemigos, después de haberlo tenido ellos en un desesperado jaque, quedando más poderoso aun que antes y armado de una superioridad indiscutible.

Al conocerse en Italia la noticia, César recibió numerosos testimonios de felicitación y de amistad, entre ellos cartas de los duques de Ferrara, su hermana y cuñado, y de los marqueses de Mantua. Todos se deshacían en elogios por la «gloriosa hazaña» de la que había sido héroe, y la marquesa Isabel Gonzaga le envió también, como signo especial de congratulación, cien antifaces para que César los utilizara en el próximo carnaval. Hay que reconocer que no hubiera podido hacerse mejor presente al vencedor de Sinigaglia.

El 18 de enero de 1503 se deshizo de los Orsini, que aun estaban presos desde aquella ocasión; Pablo, el mayor de los dos, y Francisco, duque de Gravina; en tanto que en Roma, Alejandro VI encarcelaba o mandaba matar a los restantes miembros de la familia, entre ellos el cardenal, que fué envenenado en el castillo de Sant'Angelo. Con la victoria sobre los Petrucci, que le hizo dueño de Siena, y sobre los Baglioni, que puso en sus manos a Perusa, César acabó de someter toda la Italia central, que quedaba así enteramente sujeta a su dominio.

Vencidos de tiempo atrás los Colonna, exterminados recientemente los Orsini y sin preocupaciones, por lo tanto, con respecto a esas dos familias; capitán general de un ejército propio, habiéndose independizado ya de todos sus aliados, aun del rey de Francia, y soberano de la Italia central, su poderío verdaderamente asombroso no tenía límites.

César Borgia regresó a Roma en marzo del año 1503, para gozar de un esplendor que ya no debía tardar nada en extinguirse.

CAPITULO VII

MUERTE DE ALEJANDRO VI Y CAÍDA DE CÉSAR

En tanto que se desarrollaban los sucesos que acabamos de narrar en el capítulo anterior, la situación de Nápoles seguía complicándose. Como sabemos, este reino era teatro de las contiendas entre españoles y franceses, que se disputaban su posesión después de haber coadyuvado a la conquista. Desde que se rompiera el primitivo acuerdo por diferencias en la partición del botín, el equilibrio no se había restablecido, empeñándose las dos potencias en una guerra de cuyas consecuencias pendía en gran parte la suerte de los otros Estados italianos. A la sazón, desde la derrota sufrida por los franceses en Cerignola el 28 de abril de 1503, predominaba España, pero los franceses parecían querer restablecer su anterior situación por medio de un ejército poderoso que empezaba a atravesar la Italia de Norte a Sur; Alejandro VI temía, muy fundadamente por cierto, que estas tropas interviniieran en sus posesiones o en las del duque de Romaña.

La verdad era que la política se presentaba difícil para la Iglesia y, por consiguiente, para César Borgia, debido a tales circunstancias; el papa había empezado a darse cuenta del error cometido al sancionar con su aprobación el inicuo tratado de reparto de Nápoles concertado entre Francia y España. Estas dos grandes potencias, establecidas en las fronteras mismas de los Estados pontificios, daban ya demasiado qué hacer a Alejandro y al duque, para que

Por el golpe de Sinigaglia, Borgia se había despojado de sus enemigos, después de haberlo tenido ellos en un desesperado jaque, quedando más poderoso aun que antes y armado de una superioridad indiscutible.

Al conocerse en Italia la noticia, César recibió numerosos testimonios de felicitación y de amistad, entre ellos cartas de los duques de Ferrara, su hermana y cuñado, y de los marqueses de Mantua. Todos se deshacían en elogios por la «gloriosa hazaña» de la que había sido héroe, y la marquesa Isabel Gonzaga le envió también, como signo especial de congratulación, cien antifaces para que César los utilizará en el próximo carnaval. Hay que reconocer que no hubiera podido hacerse mejor presente al vencedor de Sinigaglia.

El 18 de enero de 1503 se deshizo de los Orsini, que aun estaban presos desde aquella ocasión; Pablo, el mayor de los dos, y Francisco, duque de Gravina; en tanto que en Roma, Alejandro VI encarcelaba o mandaba matar a los restantes miembros de la familia, entre ellos el cardenal, que fué envenenado en el castillo de Sant'Angelo. Con la victoria sobre los Petrucci, que le hizo dueño de Siena, y sobre los Baglioni, que puso en sus manos a Perusa, César acabó de someter toda la Italia central, que quedaba así enteramente sujeta a su dominio.

Vencidos de tiempo atrás los Colonna, exterminados recientemente los Orsini y sin preocupaciones, por lo tanto, con respecto a esas dos familias; capitán general de un ejército propio, habiéndose independizado ya de todos sus aliados, aun del rey de Francia, y soberano de la Italia central, su poderío verdaderamente asombroso no tenía límites.

César Borgia regresó a Roma en marzo del año 1503, para gozar de un esplendor que ya no debía tardar nada en extinguirse.